

Desde el comienzo de la calle se deja entrever, a lo lejos, un destello sugerente, un reflejo que se me antoja cargado de ilusiones, de regalos, de magia. Al abrir la puerta de la galería, una mezcla de madera, lienzo y pintura, me fascina con la precisión de un susurro. Me sugestióna, transportándome a un lugar desconocido pero que me hace recordar algún rincón de mi infancia. Me arrima a esa parte de la memoria donde no hay normas para esto, ni reglas para aquello; a la vereda en la que todo es posible.

El monótono frío figurativo, surrealista con visos de futurismo que había interpretado al leer la reseña del periódico se esfuma en una atmósfera tibia de ilusionista, se desvanece en la temperatura de un prestidigitador de colores, abandonando las ataduras de mi “yo mismo” a manos de un quimérico soñador.

Cierro los ojos un instante ante la primera de las pinturas que se me ofrece, amplia y generosa; aspiro profundo, relajado, receptivo; abro los ojos y me encuentro flotando en un fantástico cielo azul del que pende con gracia una extraña composición geométrica. Un péndulo ajeno a la obligación de marcar horas, o tal vez es una máquina de fabricar piruletas de colores. Continúo el viaje por la galería saltando de espacio en espacio: aquí una playa de cometas errantes que ondean como lirios en un planeta de islotes de azúcar; más allá otra máquina que mira fijamente desde el futuro, cándida, alegre, infantil, para abrirme la puerta a un nuevo paisaje laberíntico y fértil, a un dédalo poliédrico, superpuesto en milhojas donde es imposible saber si entro o salgo; simplemente estoy en él..., jugando..., y descubro una escalera que conduce a una ventana llena de estrellas.

Esto es precisamente lo que nos propone Enrique Rodríguez “Guzpeña”, un viaje en el tiempo que no existe. Un viaje que traspasa cánones, que transgrede la realidad y nos obliga a utilizar la mayor de nuestras herramientas, la imaginación. Cada uno, la suya. ¿Paisajes que no existen?, ¿Máquinas inverosímiles?, ¿Laberintos planos sin fin?, ¿Ventanas, puertas y escaleras a lo desconocido?. Espejos, en definitiva, donde poder mirarnos sin la atadura de la adultez, sin las trabas de esperar algo convencional que pueda recordarnos lo cotidiano.

La realidad de este artista leonés, montaraz de Prado de la Guzpeña de donde adopta talento y sobrenombre es, ni más ni menos, un meticuloso y rico paisaje inventado, un esfuerzo de marcada arquitectura fabulosa y una sutil invitación a que continuemos el movimiento detenido en sus cuadros. La treintena de exposiciones, amén de selecciones artísticas, no supone un “lastre” en la creatividad del autor, que continúa con total libertad sus propios criterios pictóricos, y continua tejiendo para el espectador un mundoregalo minuciosamente elaborado.

Sergio Santa Cruz Santamarta.